

De las complejidades de la migración a los procesos de expansiones territoriales¹

Javier Gutiérrez Sánchez (+)²

Nolasco, M. *et al.*, (2012) “Dejar la tierra, buscar la vida. Sistemas indígenas de migración en la Frontera Sur” en Nolasco, M. y M. A. Rubio (Coords.), *Movilidad migratoria de la población indígena de México. Las comunidades multilocales y los nuevos espacios de interacción social*, México, INAH.

Entre las múltiples aristas que hacen atractiva la lectura del ensayo “Dejar la tierra, buscar la vida. Sistemas indígenas de migración en la Frontera Sur”, están por lo menos dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, dan cuenta de la amplia gama de características y complejidad que envuelve el fenómeno migratorio que en una suerte de entramado de nudos giordanos los autores resuelven a lo largo del estudio. En segundo lugar, los resultados permiten problematizar la noción de región, ya que a partir de los procesos migratorios se han dispersado las poblaciones indígenas recreando la fundación, apropiación y territorialización de espacios en donde se reproducen, reorganizan o se recrean los pueblos indígenas. La migración así vista nos lleva a pensar la historia de los territorios y, en particular, la geopolítica territorial indígena en el caso de Chiapas como resultado también de los desplazamientos migratorios.

En el contexto de las migraciones que se dan en la frontera sur del país y en particular entre la población indígena del estado de Chiapas, si bien se comparten características semejantes con el resto de las poblaciones indígenas de otros estados, su inserción en los mercados laborales de la agroindustria en el norte del país, e incluso en el país vecino de los Estados Unidos, es prácticamente reciente en comparación con otros grupos indígenas de México, como es el caso de los mixtecos de Oaxaca. Sin embargo, más allá de estos destinos rurales entre las poblaciones indígenas de Chiapas, en el ensayo producto de esta reseña, los autores se dan a la tarea de delinear

un amplio panorama de los complejos procesos migratorios abordando variadas facetas de la migración ya sean forzadas sea por conflictos o por fenómenos naturales o en términos de correspondencias económicas o políticas, a partir de recorridos hacia lugares de atracción urbanas o rurales, en el interior del estado, hacia estados cercanos o lejanos en el norte del país o más allá de las fronteras nacionales, por ejemplo, Estados Unidos como lugar de atracción. Otra más de las vetas que aborda el ensayo son las oleadas y establecimiento de refugiados guatemaltecos que ante los procesos de conflicto y crisis en su país, se han establecido en la frontera sur, espacio de estudio de los autores.

Para enmarcar todos estos procesos, los autores se dan a la tarea de definir los lugares en cuanto estados y municipios para que, en el contexto de este universo espacial, se interpreten los diferentes procesos migratorios que abordan a lo largo del estudio. Así, la lógica que traza el universo de municipios que se tomaron en cuenta por parte de los autores, fue la cualidad geográfica de compartir la frontera con los países centroamericanos. Así, en el caso de Tabasco se incluyeron los municipios de Tenosique y Balancán, los cuales comparten territorio fronterizo con Guatemala; Calakmul y Candelaria del estado de Campeche que geográficamente son colindantes con Guatemala, así como el de Othón P. Blanco del estado de Quintana Roo fronterizo con Belice. En el caso particular de Chiapas, no sólo se tomaron en cuenta municipios colindantes que recorren toda una franja fronteriza con Guatemala, sino que, además, los autores extendieron el estudio hacia aquellas zonas de grupos mayenses no fronterizas con Guatemala, pero que en su consideración mantenían su cualidad de condición de frontera, además de su pertenencia al conglomerado de pueblos cuya lengua pertenece a la familia mayense. Es así como abordaron los procesos migratorios de Los Altos de Chiapas, con poblaciones tseltales y tsotsiles, el norte con las poblaciones chöles, en el caso de la Selva con poblaciones de origen diverso, aunque mayoritariamente tseltal y chöl, o Las Margaritas con poblaciones tojolabales. Parte de este universo fronterizo incluyó los municipios del sur del estado chiapaneco con poblaciones mames, mochó y cakchiqueles. En un balance general del estudio, si bien se tomó en cuenta y resulta ambicioso el amplio margen de municipios en estados con fronteras internacionales del sur del País, se da una mayor cobertura y tratamiento a los procesos migratorios del estado de Chiapas.

¹ Reseña del Equipo Regional “Chiapas”, coordinado por Marina Alonso Bolaños, dentro de la línea de investigación ‘Las regiones indígenas a prueba de la etnografía’ (2018) del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

² PNERIM-INAH. Equipo Regional Chiapas.

Una mirada global permite interpretar que, para los fines del ensayo, la región funcionó como un escenario enmarcado bajo la lógica de una geografía trazada por la frontera sur del país, y a partir de este espacio delimitado, como metodología de la investigación, a los autores les fue fundamental recurrir a los datos censales para argumentar el problema migratorio, pues a través de los registros censales municipales —en particular con el uso de los censos de población que dan cuenta del registro de las poblaciones de acuerdo con la lengua indígena que hablan, además de los datos que permiten dar cuenta de su ubicación en otros estados e incluso fuera del País— los autores argumentan la amplia dispersión de la población indígena de Chiapas, y como bien plantean, “se problematizan los cambios y conflictos que surgen entre las poblaciones cuando de migrar se trata”.

En este ensayo, tal como plantean los autores en otra de sus obras:

se utiliza el municipio como objeto básico de análisis porque constituye una unidad social específica con, supuestamente, una lengua propia, un gobierno propio y distinto a los de los demás —sea de forma constitucional o el tradicional sistema de cargos—, formas de atuendos o artesanías que les son peculiares y que los distinguen, pero además se refuerza la idea, históricamente conformada, de que cada uno es distinto a los demás municipios, aun cuando compartan con muchos el mismo idioma, pues cada uno presenta al menos algunas variantes dialectales, no siempre fácilmente distinguibles, pero si reconocidas y aceptadas por todos (Nolasco y Alonso, 2010: 207).

Esto es importante resaltar porque en términos de las identidades, el municipio es fundamental en Chiapas, lo cual lleva a procesos diferenciados entre uno y otro lugar, independientemente de compartir la lengua, aunque evidentemente también hay procesos que delimitan procesos regionales.

El concepto de la migración remite a la salida significativa de la población de sus lugares de origen y su desplazamiento hacia otros lugares de atracción, sean éstos rurales o urbanos. Así, de acuerdo con Roberto Herrera, tiempo, distancia y ambiente sociocultural han sido las directrices de un marco teórico complejo que han guiado la mayor parte de las investigaciones, cuyos fundamentos se basan en la migración (Herrera, 2006: 23 y 28). A partir de este marcateo teórico que delimitan los estudios que hacen referencia a la migración, los autores del ensayo, bajo un auspicio teórico y metodológico, se concentran en dos directrices: por una parte, a través de una antropología económica, dan cuenta de cómo la oferta y la demanda de trabajo han sido los motores principales para el desplazamiento de poblaciones que se insertan en aquellas otras regiones que, por su desarrollo agrícola, exigen mano de obra. La teoría economicista clásica y neoclásica, como argu-



Mujeres ixil, tres generaciones de Guatemala y México. Quetzal Edza I, Campeche, noviembre de 1999. Autora de la foto: Marina Alonso Bolaños.

mentan los autores, les hizo hincapié para marcar la diferencia entre la oferta de mano de obra y la demanda de la misma, ya que regiones donde la mano de obra abunda, busca su salida hacia donde hay demanda.

Para los autores, la migración puede verse desde dos puntos de vista: el demográfico y el de los mercados segmentados con gran demanda de mano de obra que fijan su interés en zonas indígenas de alta densidad poblacional, sin tierra ni empleos rurales. Razones que propiciaron para que predomine en el ensayo una visión de regiones económicas que llevan a su interacción a través del desplazamiento de mano de obra a partir de zonas de expulsión o atracción. Así, bajo el enfoque economicista, se da cuenta del desarrollo del capital en las zonas, y la migración como un resultado de los vaivenes de la oferta y la demanda en las zonas receptoras de migrantes.

La configuración de las zonas de atracción, mediante los mercados de trabajo, los lleva a modular las migraciones intrarregionales, en el interior del Estado, así como las interestatales, con amplios recorridos hacia las zonas agrícolas del norte de País o en procesos de recorridos que atraviesan las fronteras nacionales para el trabajo en los Estados Unidos, en una migración internacional. De esta manera, circulación de mano de obra, zonas de cultivo de atracción y zonas de expulsión matizan los contenidos del ensayo. Así, en el marco de una antropología económica recurren a “la teoría de la articulación”, pues esto les permite dar cuenta tanto de las interacciones regionales, como de las interestatales e internacionales, a partir de lo que plantean los autores, en la medida en:

que existen sistemas estructurados en los que se dan relaciones entre empresas de agricultura de plantación y comunidades campesinas indígenas, sistemas históricamente conformados, que implican relaciones recíprocas tradicionales y formales. Así, las empresas —generalmente de corte agroindustrial o las

todavía fincas que existen en las zonas indígenas o la necesidad de mano de obra para el corte de café, por ejemplo—, tienen acceso a mano de obra suficiente y barata que se usa cuando la necesitan y la desecha cuando ya no la requieren, y las comunidades indígenas basan por completo su economía en este trabajo asalariado (Nolasco *et al.*, 2012: 228).

Esto ha llevado a que haya una amplia circulación de mano de obra entre las regiones indígenas, que llevan a la articulación entre zonas demandantes de mano de obra como sucede en La Selva, que ha requerido del trabajo de poblaciones indígenas procedentes de Los Altos, por ejemplo.

Por otra parte, en el marco de una antropología política dan cuenta en cómo los desplazamientos han respondido a las situaciones de conflicto, como aquellas que se sucedieron en Guatemala para que miles de indígenas kanjobales se desplazaran a la zona del municipio de Margaritas y posteriormente al estado de Campeche, bajo la categoría de refugiados. Asimismo, a través de la “teoría del conflicto” abordan las migraciones que por “motivos forzados”, ya sea por fenómenos naturales —como sucedió con el volcán Chichonal, que trajo consigo reacomodos y conflictos con las comunidades receptoras de poblaciones migrantes—, por guerra y violencia o por conflictos religiosos. Estos últimos dan pie para que tal vez la frontera sur, como argumentan los autores, sea la zona indígena del país en la que se presenta con mayor frecuencia y más dramáticamente esta modalidad de migración.

Ya en el tenor de abordar las causas de la migración, éstas las dividen en dos: por una parte, las que conceptúan como tradicionales y las que han aparecido después de los años ochenta del siglo xx. Entre las primeras argumentan el crecimiento demográfico de la población indígena como factor determinante, ya que ha sido el detonante para la búsqueda de tierras y de empleo. Entre las causas que responden a la tierra y los factores ecológicos se encuentran la desecación de los pantanos en la zona de Balancán-Tenosique, sequías o inundaciones en Chiapas o la degradación de los suelos en Campeche, Quintana Roo y Chiapas. Entre otros factores ecológicos se encuentra la erupción del volcán Chichonal en el año de 1982, que provocó desplazamientos internos de población.

Otro de los factores es el cultural, en lo que llaman una “cultura de la migración”, pues en procesos de los desplazamientos de trabajadores migrantes de Los Altos al Soconusco, por ejemplo, las familias se rearticulaban, se adecuaban a los tiempos y modalidades de la migración, generando nuevas dinámicas familiares, como las estrategias de decidir quién y cuándo deberían salir de la comunidad para insertarse en el trabajo de las fincas cafetaleras del Soconusco. Sin embargo, los autores advierten que, a pesar de que estas migraciones han disminuido al Soconusco por la inserción creciente de migrantes guatemaltecos, entre las comunidades indígenas de Los Altos se ha implantado la “cultura de la migración”, aun-

que los destinos han variado e incluso se han establecido corredores cuyos destinos se encuentran cada vez más lejanos, como el norte del país o Estados Unidos.

En el marco de las investigaciones del fenómeno migratorio, el ensayo se convierte en un caleidoscopio que, a manera de diagnóstico, nos brinda un amplio panorama de la migración indígena en la frontera sur, con un mayor realce de los procesos migratorios sucedidos en Chiapas. En este sentido, la investigación en su conjunto emerge como una aportación que permite dimensionar los diferentes alcances y aspectos de la problemática en sus variadas ramificaciones: historia, causas, destinos, cuantificación, tipos de migración, relaciones interétnicas, entre otras. Cada una de éstas se convierte en un problema susceptible de ser tratado por sí mismo y adquiere su fisonomía propia debido a la complejidad de cada uno. Cuestión que lleva a que los autores se centren en algunos de los casos, para dar cuenta de manera pormenorizada, tal como sucede en el caso de las migraciones tseltales y tsotsiles a la zona del Soconusco, para el corte del café o el trabajo en las plantaciones de plátano o mango.

Otro de los casos que abordan los autores son los refugiados guatemaltecos, que llevan al lector a estar ahí en las relaciones y contextos de la frontera. En la vivencia de estos miles de desplazados, en sus relaciones familiares, en sus interacciones con el nuevo contexto y entorno, de tal manera que, como plantean los autores, “la migración al Soconusco, sea con peones mexicanos o guatemaltecos, es un proceso que relaciona estructuralmente a las comunidades indígenas con las empresas (fincas de plantación)” (*Ibid*: 264).

Este texto también documenta las migraciones definitivas a la Selva Lacandona. Con un enfoque histórico nos narran los procesos que siguió La Selva para su colonización y que la llevarían a ser lo que es, zona en donde confluyeron tseltales, tsotsiles, chöles no sólo de las zonas indígenas del estado chiapaneco, sino además zapotecos, chinantecos, mixtecos y purépechas, aunque en menor cantidad, por lo que “las comunidades se conformaron de manera plurilingüística, pluricultural y plurirreligiosa y además con gente de diversas tendencias políticas” (*Ibid*: 266). A partir de la historia particular de La Selva, los autores dan cuenta del “movimiento guerrillero” del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), y los procesos de las “recuperaciones de tierras”, de la configuración histórica que siguió la organización a partir de los centros primero llamados “Aguascalientes”, y posteriormente “Caracoles de resistencia” y “Juntas del Buen Gobierno”.

Las oleadas de migrantes y la multiplicación de asentamientos en La Selva, llevaron a que se visualizaran otros lugares como posibles áreas para migrar y asentarse. Es así como los autores se dan a la tarea de documentar procesos como “la tsotsilización” del territorio zoque en el noroeste chiapaneco y en la selva de los Chimalapas en Oaxaca, y la presencia tzeltal en otros municipios tanto de Chiapas como de Tabasco.

En estos apartados, los autores recogen la experiencia de trabajo de campo, información etnográfica de la zona y particularmente la historia regional contada por los entrevistados, y a partir de la memoria, hace que este documento alcance otras direcciones con vertientes discursivas cuyo referente fundamental es el dato etnográfico y “el estar ahí” de los autores durante su trabajo de campo.

Si bien los autores con estos casos han tratado las migraciones rurales-rurales en el estado chiapaneco, ya muy avanzado el texto abren el abanico de los desplazamientos a las ciudades abordando las migraciones rurales-urbanas, bien en el interior del estado de Chiapas, en ciudades como Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de Las Casas, Tapachula o hacia otros polos de desarrollo como Ciudad de Carmen, Campeche, o Coatzacoalcos, Veracruz, o a las zonas turísticas como Cancún en el estado de Quintana Roo o hacia el estado de Guerrero en el centro turístico de Acapulco. Cuernavaca, en el estado de Morelos, la Ciudad de México o la ciudad de Villahermosa en el estado vecino de Tabasco, en donde se desempeñan como peones de albañil, e incluso Tijuana en la zona fronteriza del norte del país, también son puntos de atracción urbanos que abordan los autores.

Pero en estos recorridos y en corredores migratorios hacia el norte del país, también tocan las migraciones rurales-rurales: “Tienen dos posibilidades: o se enganchan con los que llevan trabajadores a lo largo de la ruta del Pacífico o se van por su cuenta, cuando ya conocen los sitios de trabajo, cómo llegar y en qué época se requieren trabajadores” (*Ibid.*: 279). Se enganchan como piscadores de fruta, en los cultivos del aguacate y la fresa, acuden al cultivo de algodón y a las cosechas de jitomate o chile. En el Valle de San Quintín, Baja California, se van a trabajar en la lechuga; éstas son entre otras referencias, la información con la que nutren el ensayo para dar cuenta de la problemática migratoria.

Migración forzada por motivos de guerra, catástrofes naturales o expulsiones por motivos religiosos; los refugiados guatemaltecos, los desplazados por conflictos militares y paramilitares, los desplazados por el volcán El Chichonal, y las expulsiones por motivos religiosos conforman un bloque de interpretaciones que ponen el acento en las migraciones forzadas y por motivos de violencia.

Finalmente, un subtítulo sugerente, “Salir hacia el ‘norte’ a buscar el dólar”, es el último apartado en donde se abordan las migraciones internacionales hacia Estados Unidos. Migraciones tardías en comparación con la de otros grupos indígenas como los mixtecos de Oaxaca, pero que adquirieron importancia en los primeros años del presente siglo. Los autores señalan que:

Los migrantes y futuros migrantes sostienen el mito de que estar en Estados Unidos es una maravilla porque ganan en dólares y al cambiar ese dinero a pesos mexicanos se multiplica su valor. Por ello, al llegar

allá buscan trabajo, sin importar cuál sea, pues lo importante es ganar suficiente dinero en dólares, de modo que se desempeñan como albañiles, jardineros, en la agricultura en cualquier siembra, en restaurantes, hoteles, como mecánicos, tapiceros, carpinteros (*Ibid.*: 294)

Y con un etcétera los autores cierran el ensayo, antes de los “Comentarios finales”.

Pero más allá de los contenidos de este ensayo, lo importante también es lo que, a partir de éste, se puede decir: hace más de diez años, después de una ardua labor del trabajo censal con los datos demográficos para ubicar las tendencias de crecimiento del registro de la lengua a partir del tamaño de las localidades y hacer el ejercicio de registrarlo en el mapa del estado chiapaneco (Gutiérrez, 2008: 389-393), se pueden ver las inclinaciones que permiten interpretar hacia dónde se dirigen de acuerdo con la pertenencia lingüística y que, de una u otra manera, plantea también el ensayo. Por ejemplo, los tsotsiles, en particular los chamulas, tienden a dirigirse a la zona de la Depresión Central y hacia los asentamientos históricamente zoques, como es el caso de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, el municipio de Ocozocoautla, o la fundación de localidades, como es el caso de Rincón Chamula en el municipio de Pueblo Nuevo Solistahuacán.

En el caso de los tseltales, estos han marcado corredores migratorios y posteriormente asentamientos cuyo referente es la lengua tseltal, hacia el norte en territorio ch'ol, como es el caso particular de Petlalcingo en el municipio ch'ol de Tila, o ciudades como Yajalón, o en su caso también las expansiones hacia la Selva Lacandona, en particular al municipio de Ocosingo. La Selva es un caso particularmente relevante, pues también ha sido lugar de migraciones ch'oles, sobre todo en los años setenta cuando se dieron políticas de colonización que llevaron a la multiplicación de ejidos en la zona, pero los propios indígenas ch'oles de La Selva plantean que aquel territorio de La Selva, perteneciente a Palenque, lo asumen como territorio ch'olero, mientras que aquél ubicado en Ocosingo corresponde a la zona tseltalera, aunque en uno como en otro haya poblaciones de una u otras lenguas como la tsotsil.

Si bien la migración como tal no se puede encuadrar en esquemas cerrados de clasificación pues varía en tiempo, causas y circunstancias, ya que, en muchos de los casos, estamos ante migraciones temporales que posiblemente recreen estancias definitivas, como es el caso de los ch'oles en Ciudad del Carmen, Campeche, o que estemos hablando de migraciones temporales de ida y vuelta como sucede en los campos agrícolas del norte del país e incluso en Estados Unidos. Pero respecto de procesos de territorializaciones, en cuanto asentamientos definitivos y la recreación o construcción de espacios indígenas en los lugares de llegada, nos habla de una constante transformación de las fronteras indígenas en el contexto de una geopolítica indígena en el estado. Espacios de recreación

de migrantes que dejaron de ser *commuters*, término que acuñó Alicja Iwanska (1973), en la medida que abandonaron la idea del “eterno retorno” a sus lugares de origen.

Por otra parte, en la mayoría de los casos, como sucedió con la población indígena que a principios y a lo largo del siglo xx se trasladó a las fincas cafetaleras, de la madera o del caucho del norte del estado chiapaneco y que posteriormente estos mismos peones, a los que se sumaron, en los años setenta, las oleadas de migrantes tzeltales, tsotsiles, zoques, chòles o de otras pertenencias lingüísticas provenientes de diversas zonas indígenas del estado chiapaneco o de otras latitudes estatales, fundaron los múltiples ejidos en la Selva Lacandona, haciendo de ésta un cúmulo de comunidades caracterizadas por su composición multicultural, en donde se recrearon las negociaciones entre las identidades, se recrearon y conjugaron los mitos, los bagajes culturales y la convivencia multilingüística.

Así sucedió por ejemplo con la comunidad tseltal de Petlalcingo, con migrantes del siglo xix provenientes de los territorios indígenas de Bachajón, comunidad indígena tseltal perteneciente al municipio de Chilón en el norte del estado de Chiapas. Pues a pesar de que se encuentra administrativamente en un municipio con una historia fundacional como pueblo indígena chòl en el periodo de la Colonia, hoy se reconoce como territorio tseltal creando fronteras identitarias con las poblaciones chòles cercanas y circundantes.

Las migraciones tsotsiles hacia las zonas históricamente zoques, son otros de los ejemplos de estas expansiones territoriales. Según Ricardo Pozas, para los años cincuenta del siglo pasado los huastecos, zinacantecos, tenejapecos y todos en general, vivían dentro de los límites de su territorio municipal y en mayor o menor grado aislados. Sin embargo, esto no era el caso para el pueblo Chamula, el cual tenía una dinámica de expansión demográfica (Pozas, 1987: 53). Pedro Viqueira menciona que, a partir de los años cuarenta y cincuenta, los tsotsiles de las tierras frías aceleraron su expansión hacia el norte y hacia el oeste, asentándose en los municipios de Pueblo Nuevo Solistahuacán, Ixhuatán, Jitotol, Bochil y Soyalo (Viqueira, 1995: 222).

Los resultados que muestra el ensayo nos permiten plantear cómo, lo que podríamos llamar “la etnografía de la migración”, problematiza la noción de región. En primer lugar, porque a partir de los procesos migratorios propiamente dichos, se han recreado dispersiones de poblaciones que han ocasionado que las fronteras de los territorios de origen sea en los niveles comunitarios, municipales o regionales, se hayan abierto y fracturado, dando como resultado tanto la expansión o fundación de nuevos asentamientos y territorializaciones de nuevos lugares que adquieren la fisonomía y dominio indígena, en donde, en cuanto nuevos espacios, se continúan, resemanizan, reproducen y se contrastan las culturas indígenas. Hoy, con una mayor argumentación y evidencia etnográfica y de acuerdo con las múltiples aristas que presenta el ensayo, resulta sugerente preguntarse cómo un proceso que inicia como

una salida de los lugares de origen o de expulsión, se transforma en uno de construcciones de nuevos espacios territoriales indígenas, lo cual nos lleva a plantear, en términos históricos, las transformaciones geopolíticas de los asentamientos indígenas, que corresponde a la construcción de nuevos espacios indígenas, pero también a la expansión de los territorios. Lo cual nos lleva a fracturar la idea de territorios indígenas cerrados, impermeables, pero también poco modificables, por ser históricamente definidos y con fronteras delimitadas.

Esto nos lleva a redimensionar la migración como causa para la génesis de núcleos indígenas que generan espacios referenciales de ubicación y que, al final de cuentas, nos remiten a la historia misma de las poblaciones indígenas, más allá de lo que la migración como tal ofrezca como categoría que refiere a una temporalidad de corto o largo aliento y, sobre todo, nos remiten a la configuración histórica de los territorios.

Referencias bibliográficas

- Gutiérrez, J., (2008) “Las migraciones tzeltales y tzotziles en Chiapas” en Nolasco, M. *et al.*, *Los pueblos indígenas de Chiapas. Atlas etnográfico*. México, Gobierno del Estado de Chiapas/INAH.
- Herrera, R., (2006) *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. Pp. 389-396. México, Siglo XXI editores.
- Iwanska, A., (1973) “¿Emigrantes o commuters?: indios mazahuas en la Ciudad de México”, *América Indígena*, Vol. 33, Núm. 2. México, Instituto Indigenista Interamericano, pp. 457-469.
- Nolasco, M. y M. Alonso, (Coords.) (2010) “Amar a Dios en tierra de indios. Los efectos del cambio religioso en la Frontera Sur” en E.F. Quintal, A. Castilleja y E. Masferrer *et al.*, (Coords.) *Los dioses, el evangelio y el costumbre: ensayos de pluralidad religiosa en las regiones indígenas de México*, Vol. III. México, Coordinación Nacional de Antropología-inah.
- Nolasco, M. *et al.*, (2012) “Dejar la tierra, buscar la vida. Sistemas indígenas de migración en la Frontera Sur” en Nolasco, M. y M. A. Rubio, *Movilidad migratoria de la población indígena de México. Las comunidades multilocales y los nuevos espacios de interacción social*. México, INAH.
- Pozas, R., (1987) *Chamula*. México, INI.
- Viqueira, J., (1995) “Los Altos de Chiapas: una introducción general” en Viqueira, J. y M. Ruz, (Eds.) *Chiapas. Los rumbos de otra historia*. Pp. 219-236. México, Centro de Estudios Mayas-iif/ciesas/ Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad de Guadalajara.